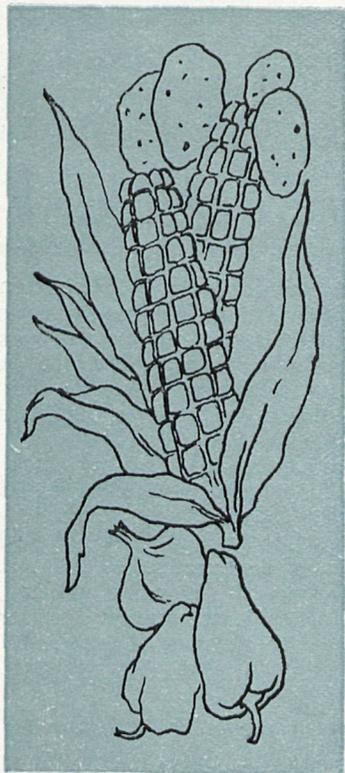


## Recepción en la Diputación a congresistas extranjeros

1-X-58.—En el salón de recepciones de la Diputación Provincial el Presidente de la Corporación madrileña, Marqués de la Valdavia, acompañado de los Diputados provinciales Doctores Pombo Angulo, Iglesias Puga y García Pérez, ha recibido a los congresistas del V Symposium Europeo sobre Poliomieltis, al que ha asistido una numerosa e ilustre representación extranjera.

El Marqués de la Valdavia se congratuló de esta visita e hizo votos por los éxitos de esta reunión científica, tan importante para la salud. Le contestó en nombre de los congresistas el representante español Doctor Bosch Marín, agradeciendo las atenciones que con ellos había tenido y destacando la preocupación que tiene la Diputación Provincial por todo aquello que afecta a la Medicina.



## INFORME SOBRE LOS PROBLEMAS DE ENSEÑANZA EN LA PROVINCIA

Ha sido sometido al Consejo del Movimiento de Madrid, reunido bajo la presidencia del Jefe Provincial

30-XI-58.—En la Jefatura del Movimiento, de nuestra capital, ha celebrado su última sesión del presente año el Pleno del Consejo, bajo la presidencia del camarada Jesús Aramburu, Jefe Provincial y Gobernador Civil de Madrid.

Entre otros asuntos tratados informaron al Consejo el Jefe del Departamento de Admisión y el Secretario del S. E. M., resumiendo este último los trabajos realizados por una Comisión de Consejeros, que viene estudiando los problemas de la enseñanza en nuestra provincia en sus diversos aspectos.

El Consejo quedó perfectamente informado e impuesto de la conveniencia de que sea el propio Movimiento el cauce eficaz para trasladar al Mando estos problemas y recabar las soluciones posibles dentro de la acuciante necesidad que esta cuestión plantea en la vida de nuestros pueblos.

Se dió cuenta a los Consejeros de la reciente reunión del Congreso Provincial de la Familia, organizado por la Delegación de Asociaciones, donde fueron aprobadas tres de las ponencias que se presentaron, siendo rechazada para nuevo estudio la última por votación de la mayoría, constituyendo ésta una buena prueba del interés suscitado en estas deliberaciones.

También fué informado el Consejo de la situación de los abastecimientos en la capital y de la repercusión de estas fiestas navideñas en la cotización y consumo de determinados artículos de primera necesidad.

Por último, y a petición de algunos de sus componentes, el Pleno del Consejo acordó por unanimidad elevar a la Superioridad su enérgica repulsa por la actuación de determinadas personas últimamente descubiertas por la Policía, que han venido quebrantando la legislación en vigor, con el consiguiente perjuicio para nuestra economía, solicitando, además, como aspiración recogida de nuestros camaradas, que, una vez dilucidada la responsabilidad a que haya lugar, el Juzgado competente haga pública la relación de los sancionados.

## MARAÑÓN CEDE SU BIBLIOTECA CIENTÍFICA AL HOSPITAL PROVINCIAL

Unos tres mil volúmenes, valorados en más de dos millones de pesetas

COMENZO A FORMARLA EN SUS AÑOS DE ESTUDIANTE DE MEDICINA

18-XI-58.—El Doctor don Gregorio Marañón ha cedido su biblioteca científica del Instituto de Patología al Hospital Provincial. Es la primera biblioteca que formó el ilustre Doctor y por la que tiene un singular cariño. El Doctor Marañón es un bibliófilo contumaz y, sin embargo, no ha dudado en desprenderse de la valiosa colección.

—Es en mí un deber hacerlo —nos ha dicho—. Tengo una gran deuda de gratitud con el Hospital Provincial. Allí me formé, allí aprendí inolvidables lecciones profesionales, allí pasé muchos años de mi vida y, por mucho que yo haga en favor del Hospital Provincial, nunca será tanto como lo que debo al famoso centro benéfico. Puedo decir que le debo todo lo que soy y, por tanto, estoy obligado a cooperar a su esplendor.

### PROPOSITO ANTIGUO

—¿Desde cuándo tiene este propósito, que ahora se hará realidad?

—Desde hace muchos años. Lo tenía decidido antes de jubilarme como Médico del Hospital Provincial. Quería dejar un recuerdo de mi paso por el centro para que sirviese de estudio a otros Médicos. Yo sigo asistiendo al Hospital Provincial todos los días y paso consulta. Mi propósito era donar la biblioteca al centro cuando dejase de asistir a él definitivamente. Y lo haré cuando ya sea imposible continuar trabajando como médico. Pero me enteré que la Diputación Provincial tenía el propósito de fundar una biblioteca en el Hospital Provincial, y esto me decidió a hacer el ofrecimiento, que aún no fué aceptado oficialmente.

—He querido —sigue diciéndonos— facilitar la labor de la Diputación Provincial. Una biblioteca científica cuesta mucho dinero formarla. Además, hay libros que no son fáciles de adquirir, porque son antiguos y ya no se editan. Cuesta mucho tiempo y dinero formar una biblioteca de esta índole. Y yo la tengo ya formada y bastante completa.

### CINCUENTA AÑOS COLECCIONANDO LIBROS CIENTÍFICOS

—¿Cuándo comenzó a hacerlo?

—La inicié en mis años de estudiante de Medicina, la he continuado y sigo haciéndolo. Está formada por revistas científicas, muchas de las cuales han desaparecido ya, y de libros. Creo que en total son unas 3.000 obras, todas ellas técnicas. Pueden ser la base para esa gran biblioteca que quiere hacer la Diputación Provincial. Yo creo que el hacer este donativo en una cosa normal, que no merece la pena ni de comentarlo y que, desde luego, no creo que deba interesar al público. No es más que pagar una mínima parte de lo mucho que le debo profesionalmente al Hospital Provincial. Le repito, era un deber, una obligación en mí.

—Una pregunta, Doctor: ya que salió en la conversación su época estudiantil, ¿en qué año terminó la carrera de Medicina?

—En 1909. El próximo año cumpliré mis bodas de oro con la profesión.

Cincuenta años coleccionando libros técnicos y científicos de Medicina con amor de bibliófilo y de Médico; libros valorados hoy en más de dos millones de pesetas; libros que el Doctor Marañón, sin dolor alguno, cede generosamente, con espíritu agradecido, al Hospital Provincial, porque quiere demostrarle la gratitud que dice que le debe. Un bello gesto y un bello donativo.

# El de Carlos III y la célebre colección de Munich

**N**UESTRA tradicional y popular costumbre de hacer por esta época nacimientos para conmemorar el más grande acontecimiento de la Historia: la venida del Hijo de Dios a la Tierra, no se limita únicamente a las fronteras españolas. Igual suerte de diversión infantil se practica en Italia, en Alemania, en los Países Bajos y otras regiones del Septentrión; aunque tanto aquí como allí hemos convenido, quién sabe por qué causa, en que al niño celestial le den calor un buey y una mula, y hemos resueito representar el paisaje de Belén cubierto de nieve. Acaso obedezca esto a la piedad de nuestros antepasados, que llenos de fe cristiana, pero escasos de conocimientos geográficos, supusieron que en diciembre nevaba en Palestina, cuando precisamente es éste un país que en la época en que nuestras ciudades se cubren de nieve y hielo, allí es más fácil coger una flor que un copo de nieve.

Los italianos suelen representar la escena de la Natividad, no en un establo, sino al aire libre y cercado el horizonte por los Montes Apeninos, iluminados por el radiante calor de Febo.

Pero dejemos aparte estas digresiones y, perdonándoles sus faltas a la verdad histórica, hablemos de nacimientos notables. Entre los más antiguos figura el que mandó hacer Carlos III de España, cuando era rey de Nápoles, en 1760, donde las escenas del nacimiento, la llegada de los pastores y la de los Reyes Magos eran de un gran realismo. El nacimiento tenía unas dimensiones de doce metros de ancho por cuatro y medio de alto y cerca de ocho de fondo. Animaban el paisaje unas quinientas figuras de personas y doscientas de animales delicadamente tallados o modelados en madera y cera, y servía de escenario una reproducción de las ruinas de la antigua Paestum o Pesto. Las figurillas representaban pastores, aldeanos, pescadores, samaritanas, y los Reyes Magos con sus séquitos, unos a pie y otros a caballo, yendo a rendir homenaje al niño Jesús que la Virgen tenía en su regazo.

En el referido nacimiento se observaban, sin embargo, varios anacronismos, de los cuales citaremos, por ser el más saliente, el que María estuviese sentada en el templo de Apolo; mas todo era perdonable en atención al maravilloso realismo y precisión delicada de las figuras de cera que iban a ofrecer al Dios niño cestas de frutas, corderos, etc. Las figuras medían unos veintidós centímetros de alto. Los artistas más notables contribuyeron a darle vida, y así, se encontraban allí mandolinas, laúdes y arpas en miniatura hechas por Vinaccia, célebre fabricante de instrumentos musicales; pescados y frutos modelados por Luis Certano; ovejas y corderos tallados por Nardo y Vassalo, y figuras humanas debidas a Gori, Franco Sapor, Viva, Batisto Polidoro y Sanmartino, tallistas cuyas obras sólo podían ser comparadas con las de nuestros grandes imagineros: Berruguete y Juan de Juanes. Mateo hizo los figurines de los trajes y la reina en persona vistió los muñecos.

Una de las colecciones que más llaman la atención en el Museo Nacional de Munich, y también la más original, es la llamada «Krippensammlung» o colección de nacimientos, que después de haber figurado durante muchos siglos en iglesias y conventos, han ido a parar allí vendidos por las comunidades en épocas de escasez. Su variedad es inmensa. Hay obras de arte alemán, austríaco, napolitano y siciliano. Lo más interesante de la colección se compone de grupos de figuras colocadas tal como las disponían durante las Pascuas en las iglesias y conventos a que pertenecieron.

Su colocación en el museo contribuye a hacer más fantástico el efecto, pues están colocados los nacimientos tras de grandes lunas de cristal en corredores oscuros, con el

fin de que resalte más el paisaje del fondo, que lo constituyen escenas pintadas. La disposición de la luz que viene de lo alto y el aspecto de vida de las figurillas produce un efecto sorprendente, tanto que más que muñecos parece que se está viendo la escena de un teatro con los gemelos invertidos, o que, cual nuevo Gulliver, se encuentra el espectador en el país de los liliputienses.

De todas las series de escenas de la Natividad, una de las que más llaman la atención ocupa toda una galería. En la primera escena, de pequeño tamaño, se ven las ruinas de piedra donde nació el Salvador, el cual aparece en los brazos de María, con el buey detrás, y delante un pastorcillo arrodillado haciendo ofrenda a Jesús.

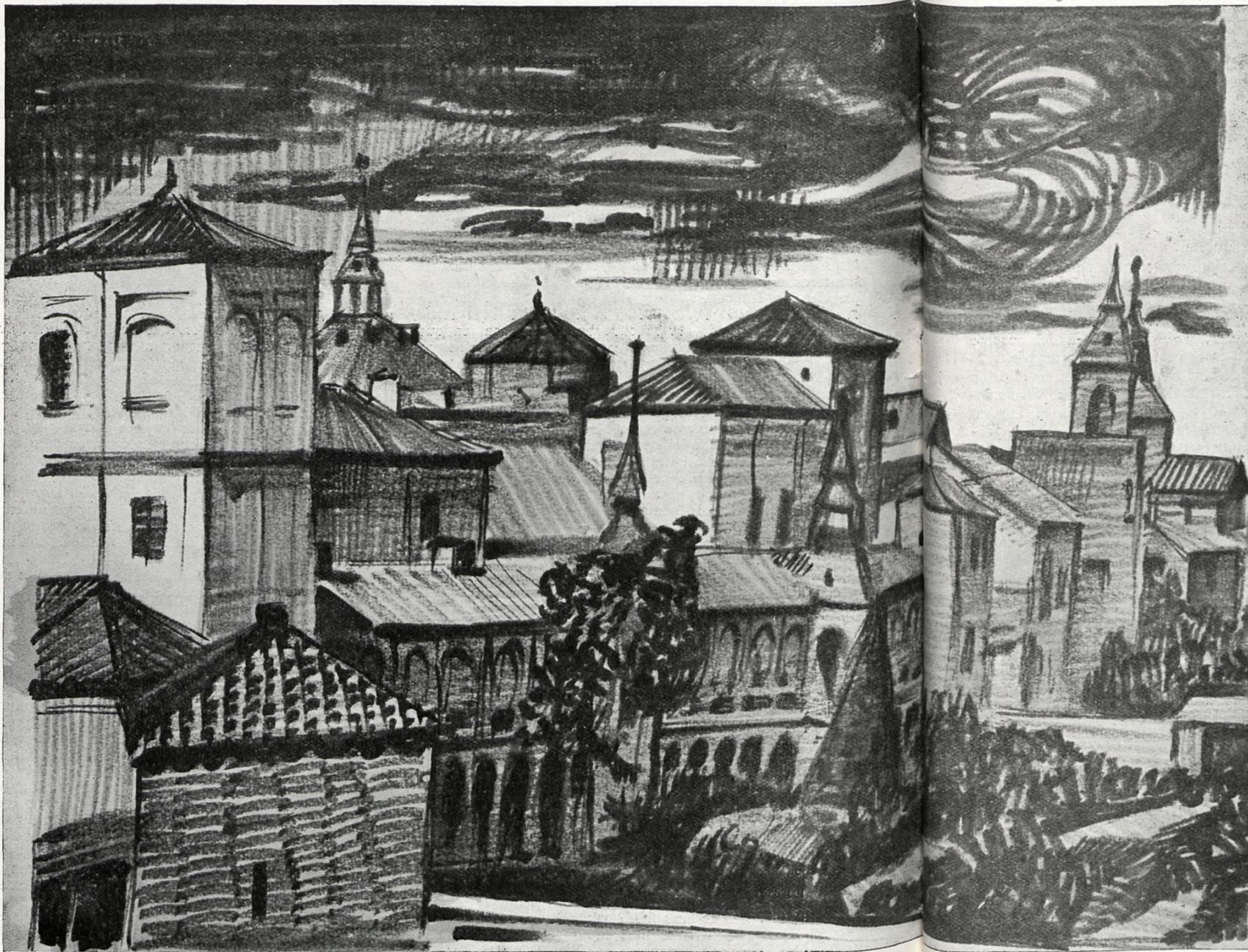
En otras escenas se ven mujeres con sus niños de la mano, un pastor anciano ofreciendo un cordero a la Virgen como almohadón para poner los pies; algo más atrás, una mujer, que ha sacado agua de un pozo, vuelve la cabeza para escuchar lo que se habla en otro grupo próximo; de una arquería sale corriendo un pastor en dirección del santo grupo, mientras que otro cuenta la novedad a un tercero de mujeres curiosas que señalan con la mano al Niño Dios.

En otro ala se ve a la Santa Familia en un alto del centro del montón de ruinas, con dos Reyes Magos haciendo sus ofrendas al pie del Rey de los Reyes. El tercero y más joven de los enviados de Oriente se acerca al grupo, seguido de sus servidores que llevan espléndidos regalos sobre cojines de terciopelo. Los lujosos trajes de los reyes, los esclavos medio desnudos, los camellos, los caballos animan grandemente la escena. En un lado aparece un jinete armado, acompañado de varios soldados, que acaso quiera representar a Herodes, y que si así es prepara el ánimo para ver la escena siguiente: la huída a Egipto. Esta es una de las más sencillas y solitarias. Un puente rústico que atraviesa un profundo barranco del desierto, por el cual pasa San José llevando del ramal al asno donde va montada María con el Niño, es toda la composición; pero está tan bien lograda la escena que parece al que la ve que realmente se halla en las soledades del desierto.

Un grupo de casas orientales de tejado en forma de media naranja, constituye el fondo de la última escena de esta serie, que acaba ofreciéndonos la casa de Nazareth, en cuya puerta se halla María vestida de azul y rojo, como suelen representarla los pintores, y a su lado el Niño Jesús con un nimbo de oro en la cabeza.

Tras de ellos está la carpintería donde trabaja José, perfectamente representado, y en el tejado de la casita, el palomar.

En la colección de Munich hay nacimientos de muy diversos tamaños y de muy distinta interpretación de las escenas bíblicas. Algunos hay que contienen hasta ciento cincuenta figuras de gran tamaño, y en cambio, el más pequeño de los allí reunidos sólo mide doce centímetros de diámetro. Constitúyelo un grupo perfecto bajo unas ruinas, todo tan diminuto que para examinarlo bien hay que emplear una lente de aumento. Por lo que hace a las figuras de estos nacimientos, muy pocas son las que tienen los vestidos tallados en la madera, y éste es uno de sus más preciados valores; la mayoría tienen trajes de verdad, en los que no se ha olvidado el menor detalle, siendo de advertir, para evitar que alguien se forme un concepto falso de tales vestiduras, que los muñecos no se parecen en nada a los que se suelen ver en los escaparates de las tiendas de juguetes, pues indudablemente al modelar los artistas los rostros y las actitudes de las figuras, trazaron los vestidos que habían de llevar.



## El Cardenal Gil de Albornoz, Arzobispo Toletanus y Señor de Alcalá de Henares

EN la Edad Media, cuando las provincias no existían con el carácter y límites de las actuales, Alcalá y «su tierra» formaban parte del poderoso Arzobispado de Toledo, como uno de sus señoríos favoritos.

\* \* \*

El 16 de noviembre de 1338 fallecía en su palacio alcalaíno, todavía de aspecto más guerrero que palaciano, don Jimeno de Luna, tío del antipapa Benedicto XIII. Su sucesor en la silla toledana y señorío de Alcalá fué el arzobispo don Gil de Albornoz (1339-1350), llamado Carrillo de Albornoz por ulteriores genealogistas, empeñados en buscarle apellido, que ni tuvo ni necesitó para pasar a la posteridad como personaje ilustre. Gran amigo y hábil consejero político de Alfonso XI, cuya vida salvó en el Salado, y cuyas faltas morales supo minimizar, fué gran enemigo y opositor del hijo, Pedro I, a quien combatió hasta la muerte y aún más allá. Se hermanaban en su persona valor, prudencia, energía, una rara piedad y profunda doctrina.

Sus dos más magníficos triunfos los tuvo, sin embargo, fuera de España, en la Italia de Petrarca y Boccaccio, como restaurador del poder papal y fundador del Colegio de Bolonia. En el partido, Vaciamadrid y Alcolea de Torote (con su recinto amurallado, del que apenas quedan restos, y con su entonces aldea de Ribatejada) eran de don Gil de Albornoz (quizás también Paracuellos y su castillo de Malsobaco, hoy prácticamente desaparecido), cedidos a censo perpetuo por las monjas claras de Guadalajara. Alcalá le debió un Concilio y unas Cortes de especialísima resonancia histórica. Con anterioridad, en 1345, se había celebrado en el Palacio Arzobispal una reunión del Capítulo de la Orden de Santiago, presidida por el Infante don Fadrique.

El Concilio tuvo lugar el 24 de abril de 1347, y los cánones en él decretados fueron cuatro. Sus títulos expresan la materia regulada: «De vita et honestitate clericorum», «De inmunitate ecclesiarum», «De penitentia et remissionibus» y «De simonia». Con este Concilio terminaba el primer ciclo de los complutenses, iniciado en 1325 con el arzobispo Juan de Aragón.

La reunión de Cortes fué el siguiente año de 1348, con continuación en el de 1349. Convocadas por Alfonso XI, por consejo de Albornoz, se conocen en la Historia como «Cortes de Alcalá». Motivo de convocatoria era el procurar hombres y dinero para la conquista de Gibraltar, por

lo que fueron llamadas muchas más villas y ciudades que de ordinario. Acudieron, a modo de acicate patriótico, hasta algunas que por su condición de fronterizas estaban exentas de cargas. Se discute por los historiadores el edificio que las cobijó: si el Palacio Arzobispal o, como quiere Portilla (1), las casas que más adelante se llamarían del marqués de Lanzarote, título del año 1568, sitas donde luego se acomodó el convento de la Imagen. Amenazadas de disolverse por una puntillosa cuestión protocolaria sobre quién hablaría antes, si Toledo o Burgos, fueron de lo más fructífero, una vez resuelto tal dilema de prioridad gracias a la política intervención del rey, según algunos inspirada al oído por el hábil arzobispo (2). La célebre frase «Los de Toledo harán todo lo que yo les mandare, e así lo digo por ellos, e por ende fable Burgos», sentó jurisprudencia parlamentaria. Pocos años después la recordó Pedro I, más tarde Juan II y, en el correr de los siglos, la han repetido infinidad de oradores. En lo exaccional consintieron las Cortes el antipopular impuesto de alcabalas (3). En auxilios humanos, los alcalaños acudirían a la campaña de Gibraltar. En lo sucesorio, se sentó el principio representativo en la sucesión a la Corona. En lo legislativo, se aplicaron las Partidas y fué promulgado el «Ordenamiento de Alcalá» —en cuya gestación tuvo también su parte Albornoz—, que tendría vida jurídica nada menos que hasta el siglo XVIII.

Hubo un borrón sentimental en el actuar del gran arzobispo con respecto a un muy probable hijo de Alcalá. Su dureza para con el Arcipreste de Hita, el buen discípulo de Ovidio, moralista y picaresco a lo popular como a lo prócer lo sería el marqués de Santillana.

Ignoramos los motivos concretos que enfrentaron severo arzobispo con satírico arcipreste, pero son fáciles de suponer dado el contraste de sus respectivos pensamientos, escritos (4) y conductas. Preso en Toledo y conducido a un convento de Guadalajara (¿estaría, de paso, en Alcalá o Santorcaz?), se inspiró en el encierro, como su futuro paisano Cervantes, para escribir su obra maestra. No fué ésta una triste meditación a lo Silvio Pellico, sino una pieza ovidiana, el «Libro de buen amor», que algunos ven como una autobiografía.

No se conocen fijamente fecha y lugar del nacimiento del Arcipreste de Hita, mas el escenario de sus aventuras fué el propio Alcalá, nuestra Sierra y la Alcarria (5). Creador de la novela picaresca, el argumento de su obra es el «buen» amor, y sus retratos, los de una comedia humana del siglo XIV. Menéndez y Pelayo dice que si nos faltara su libro ignoraríamos todo un aspecto de la Edad Media: «sólo el Arcipreste nos cuenta cómo vivían en la casa y en el mercado, cuáles eran los manjares servidos en sus mesas, cuáles los instrumentos que tañían, cómo vestían y arrebaban su persona, cómo enamoraban en la ciudad y en la Sierra» (6). «Azorín» se permite darle unos consejos paternales: «Querido Juan Ruiz, sosiega un poco; has corrido mucho por campos y ciudades» (7).

Llevaba Albornoz once años de arzobispo, cuando la peste acabó con la vida de Alfonso XI ante las murallas de

(1) Portilla y Esquivel (Miguel de): «Historia de la ciudad de Compluto, vulgarmente Alcalá de San Justo, ahora de Henares». Año 1725.

(2) Los dos grupos oponentes estaban capitaneados por Juan Núñez de Lara, el de Burgos (su razón: ser Burgos cabeza de Castilla), y por el infante don Juan Manuel el de Toledo (su razón: ser Toledo cabeza de España).

(3) Suponían las alcabalas el 10 por 100 sobre las ventas, y fué un descubrimiento hacendístico de Alfonso XI, como las «sisas» lo habían sido de Sancho IV.

(4) Una de las obras de Albornoz lleva por título «Contra clérigos concubinaros» (su manuscrito se conserva en el Monasterio de El Escorial).

(5) El Arcipreste de Hita, en su «Libro de buen amor», cita varias veces a Alcalá, su feria y el Henares: «Quiero ir ver Alcalá, moraré ahí la feria»; «Por amor desta dueña fiz trovas e cantares, —sembré avena loca ribera de Henares»; «Del río Henares venían los camarones». Y Trotaconventos dice a la Mora: «Fija, mucho vos saluda uno que es de Alcalá».

(6) Menéndez y Pelayo: «Antología de poetas líricos castellanos».

(7) Azorín: «Al margen de los clásicos».

Gibraltar (26-III-1350). Los antecedentes políticos de don Gil y su carácter tenían que chocar y chocaron en el pensar y obrar de Pedro I. Las relaciones entre nuevo rey y antiguo prelado no fueron, en sus comienzos, tan violentas como se pudiera pensar, probablemente por haber sabido Albornoz retirarse a tiempo del avispero de Castilla. Le sorprendió en Aviñón la noticia del fallecimiento de Alfonso XI, y a fines del mismo año era nombrado cardenal por Clemente VI. Entre la silla arzobispal de Toledo o el capelo cardenalicio —en aquellos tiempos, cargos incompatibles—, eligió este último, y no volvería a Toledo sino cadáver. El 7 de enero de 1351 ya no se titula arzobispo, y en 4 de septiembre figuraba como tal don Gonzalo de Aguilar, cuyo paso por la archidiócesis fué tan breve y pausado que muchos autores le ignoran.

Albornoz y Pedro I cerraron la primera etapa del gótico. Ciertamente que en Toledo y Alcalá sucedieron tres arzobispos al irse Albornoz (Aguilar, don Vasco y Gómez Manrique), pero sobre la presente desleída figura de los dos primeros, triunfaba la vigorosa sombra del ausente cardenal, y el tercero, Gómez Manrique, tuvo un pie en el reinado de Pedro I y otro, afinado más fuertemente, en el de don Enrique de Trastámara. El monarca, varias veces reclamó, sin éxito, el regreso de Albornoz. Inocencio VI siempre contestaba que era más imprescindible para la Iglesia la presencia del cardenal en Italia. De haber vuelto, es fácil suponer que su fin hubiera sido el de tantos otros personajes de la Corte de Castilla.

Don Vasco, Blas o Blasco, hubo de salir de Toledo para Coimbra sin más ropa que la puesta, siendo el Canciller Ayala uno de los encargados de cumplir la orden real de detención. El arzobispo aún debió dar gracias al cielo de que su parcialidad por doña Blanca sólo le costara el destierro y no la vida, como a su hermano Gutierre Fernández de Toledo. El Archivo municipal de Alcalá conserva el privilegio que otorgó a la Villa para que sus vecinos entrasen vino en tiempo de feria.

Gómez Manrique, si se sostuvo algún tiempo fué por su política de doble juego: pronunciar audaz discurso justificando el matrimonio del rey con la Padilla (8), mientras tramaba pasarse al bando Trastámara. Pero Albornoz carecía del carácter de Gómez Manrique; precisamente la repudiación de doña Blanca —cuyo enlace con don Pedro negociara el propio hermano del Cardenal—, motivó la ruptura definitiva entre él y el rey.

Albornoz falleció en Viterbo (23-VIII-1367). En su testamento, a diferencia de cuando tomó el capelo, elegía la catedral de Toledo para descanso eterno de «sus huesos», mas con un «ítem» muy propio de su carácter: «cuando quiera que llegue a cesar la indignación que don Pedro u otro rey de Castilla tienen contra los de mi raza». Dos años después moría asesinado en Montiel don Pedro I de Castilla, mientras Gómez Manrique, quedado en retaguardia poniendo cerco a Toledo, hacía su entrada en la ciudad y recuperaba su silla, no con mucho regocijo de los feligreses.

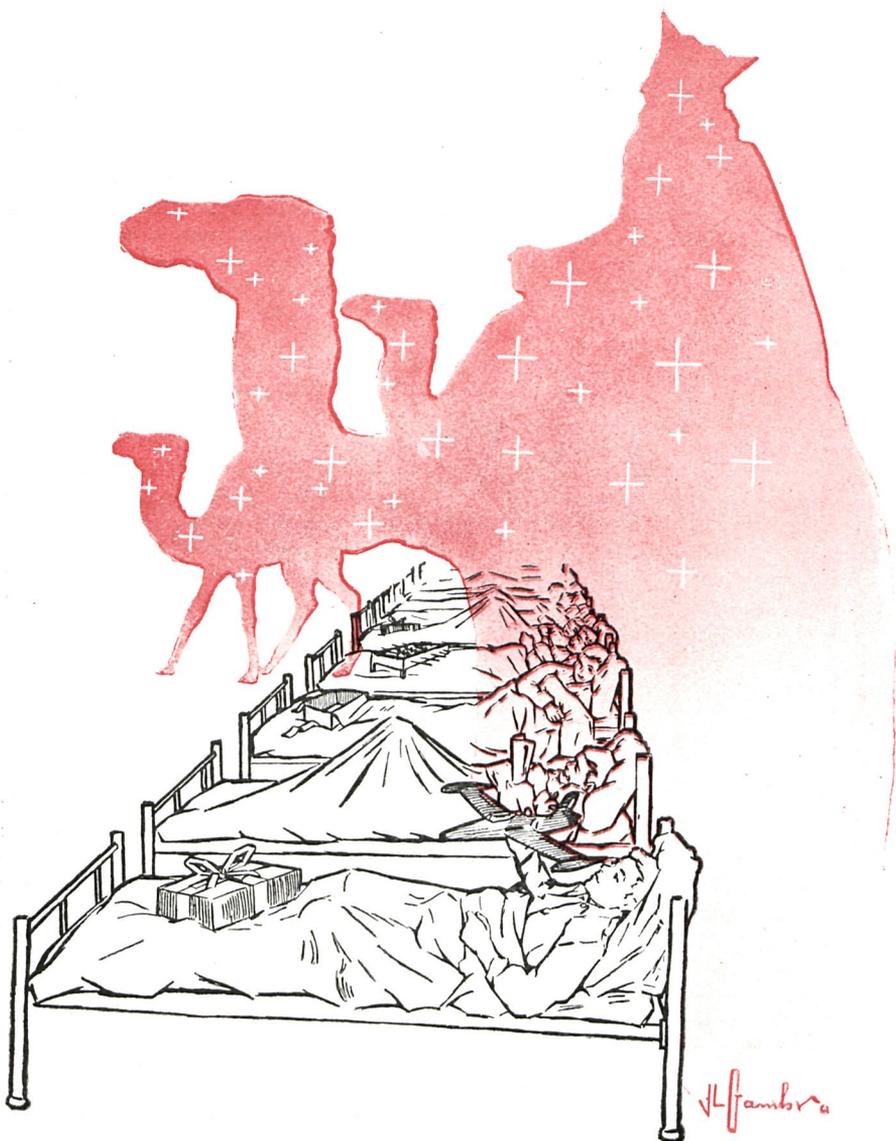
Empezaba la dinastía Trastámara y el segundo período del gótico. El cadáver de Albornoz podía regresar tranquilo a la Catedral toledana. Fué traído a hombros de sus criados y admiradores, desde Asís, a través de campos y villas, entre tañer de campanas, millares de misas y oraciones, en un recorrido que duró catorce meses (9). Sobre el ataúd figuraba un cuadro de Jesús Nazareno, que Amador de los Ríos dice conserva la Catedral de Toledo (10) Alcalá, por unos días, tuvo depositados los ilustres restos en su iglesia parroquial de los Santos Justo y Pastor.

ALFONSO QUINTANO RIPOLLÉS

(8) Discurso que pronunció ante las Cortes de Sevilla en 1362.

(9) El Papa dispuso que cualquiera que ayudase a llevar un trecho el féretro, obtendría indulgencia plenaria de sus pecados. Uno de los portadores fué el propio rey Enrique II, quizás pensando lavar con ello la sangre vertida en Montiel.

(10) Amador de los Ríos: «Toledo pintoresco».



## ALEGRÍA DE NAVIDAD EN LOS ESTABLECIMIENTOS PROVINCIALES

**G**ALLARDO y altivo, como el mascarón de proa de una nave legendaria, continuamente remozada y ampliada por los gustos y exigencias de la época en que vivimos, el Hospital Provincial de Madrid asoma su pétrea arquitectura sobre la plaza de Carlos V, paseo del General Primo de Rivera y calles de Santa Isabel y Argumosa. Nacido de la fusión de los de Convalecientes, San Ginés, Pasión, Campo del Rey y el que funcionaba al final de la calle del Prado, aparece bajo el reinado de Felipe II el que se llamó Hospital General, pero las obras del actual edificio se inician reinando Fernando VI y terminan (realmente nunca pueden darse por terminadas) bajo Carlos III, aquel arquitecto honorífico, de quien, humorísticamente, decían sus contemporáneos le mataría el «mal de piedra».

Frente a él, hundida en el florido declive de un jardín del tiempo de nuestros abuelos, la enorme marquesina de la estación de Atocha o Mediodía —inaugurada en 1852— semeja un amplio hangar parecido a los que a principio de siglo servían de cobijo a aquellos primitivos aviones que pilotaban los ases del aire, Bleriot y Vedrines. Bajo la cristalería de su armadura, modernas locomotoras, voluminosas y veloces, van y vienen en bullicioso trajín buscando otros horizontes donde descargar su mercancía humana.

Pero no entra en nuestro propósito hacer una detallada descripción de estos conocidos lugares, frecuentemente recorridos por muchos de nues-

tros lectores; nuestro deseo es internarnos en el mencionado Hospital y, una vez dentro de él, plasmar en estas cuartillas la alegría navideña, esa sana alegría de los sencillos de espíritu, de cuantos vinieron a Madrid en busca de una ansiada curación para sus dolencias. El calendario señala una fecha: 24 de diciembre. El año no importa, porque la alegría es eterna e inmortal, como el amor y la muerte. Para cumplir nuestro cometido empezaremos por una sala cualquiera; mejor una de aquellas que están más cerca del cielo y más alejada del incesante tráfico urbano. Varias Hijas de la Caridad han levantado en ella un pequeño nacimiento con paciencia de orfebre y fervor digno de su apostolado. Una leve claridad ilumina el místico paisaje. Por torcidas cuestas de corcho pintado bajan las zagalas y los zagales con la clásica ofrenda. El cielo que sirve de dosel y ambienta la escena es de un azul rabioso, y las estrellas que parpadean en este firmamento son de papel de plata. Y abajo, como en una gruta sagrada de los cuentos infantiles, aparece recostado sobre las pajas del pesebre el futuro Redentor del mundo. Todo sería silencio en este trozo de improvisada naturaleza a no ser por el continuo estrépito que viene de la calle.

Los enfermos a quienes sus dolencias les permiten abandonar el lecho, gracias a los adelantos de la medicina moderna, hombres que acaso, allá en su tierra natal, consumen su vida en los quehaceres del agro, y que no tienen tiempo de dedicar su atención a las delicias de estas festividades, ganados por la novedad del espectáculo que se desarrolla ante sus ojos, ayudan a las religiosas en su encantadora labor, portando ramas y arena para el Belén. Y no será extraño que, de sus labios reseco por el cierzo campesino y la crudeza del sol, brote una cancioncilla de circunstancias. Porque esta alegría es la alegría de todos; de los reacios en creer y de los que llevan dentro la sublime seguridad de una fe netamente española. Y diríase que en esta noche, en que tal vez haya nieve por los verdaderos caminos del mundo